

Décimas a la censura de Carmen Aristegui

Guillermo Velázquez Benavidez

En silencio el sol calienta
y hay silencios de quietud,
silencio en la multitud
que escucha y discierne atenta.
Hay un silencio que cuenta
en el ritmo musical,
y hay el silencio vital
de los labios al besarse
que encienden sin enterarse
un júbilo sideral.

Hay un silencio amoroso
--el de puntitas e inerme--
con la criatura que duerme
para cuidar su reposo,
y el silencio cauteloso
que intuye un riesgo inminente;
hay silencio incandescente
y silencios como el hielo,
silencio de desconsuelo
y silencio reverente.

Hay un silencio admirable
signo de sabiduría,
pero hay también, a fe mía,
un silencio inaceptable:
impuesto, ajeno, execrable
que a filo de sinrazón
acuchilla el corazón,
secuestra, asfixia, maltrata
y sicariamente mata
la libertad de expresión.

Ese silencio ominoso
que el poder autoritario
juzga como “necesario”
o “socialmente valioso”,
es de muerte, es desastroso,
y hoy que vuelven a pegarle
a Carmen hay que apostarle,
¡nadie podrá silenciarla!,
y entre más quieran callarla
¡MÁS VOZ HABREMOS DE DARLE!